

Christianna Brand

LA MUERTE ESPERA  
EN HERONS PARK

Traducción del inglés de  
Raquel G. Rojas

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

## Nota de la autora

Resultará evidente (espero) que no podría haber abordado el marco de esta historia de no estar familiarizada con el funcionamiento interno de un hospital militar, y sin duda será igualmente obvio que, dadas las circunstancias, he querido hacer todo lo que estuviera en mi mano para no retratar ninguno en concreto. Este tipo de instituciones tienen todas, sin embargo, quirófanos, distintas salas y pasillos y cuentan entre su personal con oficiales del Cuerpo Médico del Ejército, enfermeras y voluntarias, del mismo modo que todos los personajes han de tener nariz, boca y ojos, con un rango muy limitado de rasgos y peinados. Por eso ruego a los lectores que no traten de ser más perspicaces que la autora y ver retratos reales donde, con sinceridad, ninguno se ha concebido con esa intención.

C. B.

## Capítulo I

Joseph Higgins, el cartero, empujó su maltrecha bicicleta roja camino arriba por la larga pendiente que llevaba a Herons Park, a unos cinco kilómetros a las afueras de Heronsford, en el condado de Kent. Antes de la guerra aquel complejo había sido un sanatorio infantil y ahora lo estaban reconvirtiendo a toda prisa en hospital militar. Varios edificios se alzaban enormes, grises y lóbregos entre los desnudos árboles invernales y Higgins los maldecía con vehemencia mientras luchaba por subir la colina con la bicicleta tambaleándose de un lado a otro del camino. ¡Tanto esfuerzo por solo siete cartas! ¡Se había desviado casi diez kilómetros de su ruta habitual por un puñado de mensajes que acaso ni siquiera se atenderían hasta la mañana siguiente! Apoyó el codo en el manillar para cogerlas con una mano, dispuestas en forma de abanico como si fueran naipes, y las examinó con resentimiento. La primera iba dirigida al oficial al mando. De uno de los nuevos doctores, conjeturó el perspicaz cartero mientras la levantaba para mirarla al trasluz: elegante sobre blanco, matasellos de Harley Street y la siempre ilegible letra de los médicos...

Gervase Eden también había maldecido al sentarse en su consulta para confirmar al oficial al mando de Herons Park que se

personaría en su puesto «de inmediato». La última de sus encantadoras pacientes, que, como si hubiera obrado un milagro sobre ella, ya se sentía muchísimo mejor gracias a su «divina» inyección (de puro H<sub>2</sub>O), se acababa de marchar bajando a saltitos las escaleras en un aletear de cheques, pestañeos e invitaciones para cenar. No podía engañarse a sí mismo y pensar que el salario de un cirujano al servicio del Ejército de Su Majestad sería suficiente para mantener nada parecido al lujo al que tan rápido se estaba acostumbrando, pero así estaban las cosas: desde la firma de los acuerdos de Múnich, se estaba volviendo un poco violento no vestir de uniforme... Al menos podría librarse de aquellas encantadoras damas durante una temporada. Por milésima vez se miró al espejo, observó su feo rostro y su cabello cano, su figura enjuta y huesuda y sus nerviosas manos y se preguntó qué demonios veían en él las mujeres; deseaba que no fuese así. Luego tocó el timbre para llamar a su secretaria y le pidió que enviara la carta. Esta rompió a llorar en el acto ante la perspectiva de su marcha y, después de todo, no era más que una obra de caridad humana dedicar unos minutos a consolar a aquella pobre alma.

Higgins devolvió la carta de Eden al montón y cogió la siguiente. Un sobre grande y cuadrado escrito con una letra grande y cuadrada, la letra de una mujer, enérgica, generosa, que ocupaba todo el espacio disponible; de una de las enfermeras, supuso.

Jane Woods había escrito dos cartas, una con destino a Austria y otra para Herons Park. Luego acabó tres figurines de unos exquisitos, aunque poco prácticos, monos para refugios antiaéreos, los metió en un sobre dirigido al señor Cecil, de la sastrería Christophe's en Regent Street (que le pagaba tres guineas por pieza y luego las presentaba como creaciones propias) y, tras desechar el resto de su trabajo y tirarlo a la papelera, llamó por teléfono al grupito de adorables granujas que tenía por amigas y las convocó a una fiesta.

—¡Comamos, bebamos y durmamos juntas, queridas! —gri-

taba la señorita Woods—, ¡porque mañana me uno al Destacamento de Ayuda Voluntaria!

Estaba en pie, copa en mano, delante de la repisa de la chimenea en su pequeño, elegante y moderno apartamento de una habitación. Era una mujer morena y corpulenta de unos cuarenta años, rostro vulgar y de aspecto bastante fatigado, busto prominente y piernas asombrosamente bonitas. «¡Jane, querida, te advertimos que no te aficionaras a esos absurdos cursillos!», exclamaban las granujas, aunque todas ellas acudían a alguno, o «Woody, querida, no puedo imaginarte allí, cielo. En fin, ¡limpiando orinales y todo eso!», o «Woody, querida, ¿por qué demonios vas a hacer algo así?». Ella las obsequiaba entonces con un breve y tierno relato sobre sí misma en el papel de Florence Nightingale, asomándose al camastro de algún afligido combatiente condecorado con la Cruz Victoria («¿Otra vez tú, Flo, con esa maldita lámpara?») y, cuando al fin se quedaba sola, sollozaba y dejaba manchas de máscara de pestañas sobre la almohada porque su insoportable sentimiento de culpa la había llevado a hacer tan tremendo sacrificio: el sacrificio de todo el placer y la felicidad y el lujo de una exitosa carrera en un acto de expiación irreflexiva de un pecado que ni siquiera era suyo, un pecado que, quizá, ni siquiera se había llegado a cometer.

La siguiente carta también tenía letra de mujer, una caligrafía femenina e infantil que se inclinaba un poco hacia abajo al final de cada línea. «Señal de depresión», se dijo Joseph Higgins, que solo un par de días antes había leído algo al respecto en el periódico del domingo. «Otra de las enfermeras, imagino, y no quiere venir, ¡pobre muchacha!». Pero en este extremo se equivocaba, puesto que Esther Sanson sí quería, con todas sus fuerzas, ir a Herons Park.

Allí estaba la joven, en pie y con la carta en la mano, mirando a su madre y riéndose mientras la señora Sanson seguía enfrascada en el relato del último drama del Servicio de Mujeres Voluntarias de Heronsford.

—... pero mamá, ¡no puede ser! No pudo utilizar toda esa lana para las calzas de los soldados. No me creo ni una palabra, querida, ¡te lo estás inventando!

—Te doy mi palabra de honor, Esther, hasta el último ovillo: un par de color azul pálido y otro de un rosa muy suave. No podía creer lo que veían mis ojos cuando me los enseñó. «Pero señora Hüge», le dije...

—¿Señora Hüge? No, mamá, ¡no es posible que se llamara así!

—Te lo prometo, querida, era la señora Hüge, o algo muy parecido en todo caso. «Señora Hüge», le dije... —Pero de pronto se quedó callada y toda la luz y la alegría desaparecieron de sus ojos azules—. ¿A quién escribes, Esther? ¿Esa carta es para el hospital?

—Les digo que iré como voluntaria si no me destinan fuera de aquí —le aclaró su hija enseguida—, que no puedo abandonar Heronsford. Solo trabajaré en el hospital durante el día.

—Puede haber ataques aéreos durante el día, Esther. Si uno de esos bombardeos me sorprende aquí sola, en un último piso, estaré del todo indefensa tal y como tengo la espalda...

—Tu espalda ha mejorado mucho de un tiempo a esta parte, mamá. Hoy, sin ir más lejos, has podido acudir a la reunión del Servicio de Mujeres Voluntarias.

—Sí, y como consecuencia ahora me duele horrores —se lamentó la señora Sanson y, acto seguido, por esa extraña calidad innata del verdadero hipocondriaco, se le dibujaron sendas sombras azules alrededor de los ojos y su rostro quedó surcado por finas líneas de dolor—. De verdad, Esther, creo que nos estás sacrificando a las dos de forma innecesaria. Después de todo yo te necesito aquí, en casa. —Entonces se acurrucó como un gato en el sofá, miró a su hija por debajo de sus largas, suaves y doradas pestañas y puso en práctica una estrategia que nunca antes le había fallado—: Desde luego, mi vida, si de verdad quieres ir...

Esther se quedó de pie, inmóvil junto a la ventana, con la mirada perdida en el delicioso paisaje rural de Kent que se extendía bajo ella, y por primera vez en su vida no respondió. Tenía veintisiete años, era alta y demasiado delgada, con los pies estrechos y

las manos delicadas que se esperan de una buena educación. No era hermosa, pero tenía el rostro ovalado e indolente y el cabello castaño de una madona, descendida de su nicho en la pared de alguna vieja y apacible iglesia, para caminar, discreta y reservada, entre el tumulto de un mundo desconocido. Aun desacostumbrada como estaba a oponerse a la voluntad de su madre, sabía que este era un asunto en el que debía tomar sus propias decisiones y, al fin, girándose despacio desde la ventana hasta quedar de espaldas a la luz, se decidió a hacerlo.

—No es que quiera ir, pero creo que debo hacerlo.

—Pero, cariño, ¿por qué?

—Porque todo el mundo está haciendo algo, mamá, y yo tengo que contribuir también. Además, al menos así tendré algún tipo de conocimiento, algo..., bueno, no sé, algo parecido a una vida. Si a ti te ocurriera cualquier cosa, piensa en lo perdida y en lo desamparada que me quedaría yo. No tendría dinero, no sabría hacer nada y no conocería a nadie. Pero con esto... Y bueno, siempre he querido ser enfermera.

—Ya, respecto a eso —repuso la señora Sanson—, tienes una idea terriblemente mitificada de la enfermería, ¿sabes? En realidad es una labor horrenda, querida, de veras. No hay más que mugre, miseria y olores repugnantes.

Dado que Esther había cuidado a su madre con mimo durante varios años en los que esta gozara de buena salud, no había demasiado que aquella experiencia pudiera enseñarle al respecto. Se limitó a esbozar una triste sonrisa y dijo que tendría que arriesgarse a que no le gustara el trabajo.

—Después de todo no voy allí a divertirme, ¿no? Lo más probable es que me pase el día fregando suelos y que nunca llegue a hacer una cama siquiera. —Entonces se acercó a ella, se sentó en el suelo y apoyó lánguidamente la cabeza sobre sus rodillas—. ¡Mamá, no seas tan dura conmigo! Entiéndeme. No se trata de que quiera o no quiera ir, es que tengo que hacerlo. Sé que esto también supone un sacrificio para ti; es algo que debemos afrontar las dos. Tú eres la valiente, la optimista, la fuerte... Sé fuerte por las dos esta vez y deja que vaya.

La señora Sanson se apartó de su hija, se encogió sobre sí misma aún más, hasta quedar hecha un ovillo tembloroso en la esquina del sofá, y se tapó aquellos grandes ojos azules con sus diminutas manos.

—Es por los bombardeos, Esther. ¡Los bombardeos! ¿Y si estoy aquí arriba, sola y desvalida, y empiezan a caer bombas? ¿Cómo me las apañaré? ¿Qué podré hacer? Esther, no vayas, cariño, no me dejes aquí sola. Diles que no irás, diles que no puedes... ¡Rompe la carta!

Pero Esther se puso en pie, arrastró sus pasos escaleras abajo y la echó al correo.

Higgins conocía la letra de las siguientes dos cartas. Una era del indescifrable puño del señor Moon, que trabajaba como cirujano en Heronsford desde que podía recordar, y la otra del anestésista local, Barnes. «Me pregunto si esto significa que los dos van a venir aquí», pensó el cartero mientras miraba ambos sobres con el ceño fruncido. «Habría apostado a que Barnes, por lo menos, preferiría ir a algún otro sitio. En fin, supongo que, si están en el Ejército, tendrán que ir donde los manden».

El doctor Barnes le había dicho algo muy similar al señor Moon cuando, después de enviar sus cartas, caminaban juntos colina arriba de vuelta a sus respectivas casas.

—He solicitado que me destinen a Herons Park para poder echar una mano a mi padre en la consulta de vez en cuando, pero ahora estamos en el Ejército, señor, nos guste o no.

—Pues creo que a mí me gusta —repuso Moon mientras avanzaba junto a él a paso ligero, aunque, gracias a sus habituales caminatas de primera hora de la mañana, sin jadear en absoluto. Era un hombrecillo encorvado y regordete, como un Churchill en miniatura pero libre de toda beligerancia, con las mejillas sonrosadas y el pelo suave y canoso, aunque ya sumamente ralo en la parte superior. La bondad brillaba en sus ojos azules y hablaba a media voz, con pequeñas exclamaciones y



risitas entre dientes, como un personaje de Dickens, pero sin la ingenua blandura de la benevolencia dickensiana—. A mí me gusta, sí, me gusta mucho.

—Será muy distinto —apuntó Barnes.

Moon torció un poco el gesto de su viejo y afable rostro.

—Me vendrá bien un cambio, Barney. En mi casa... Ahora que tengo la oportunidad de salir, me pregunto cómo he podido aguantar allí todo este tiempo. Quince años he vivido yo solo entre esas cuatro paredes y creo que no ha habido un solo día en el que no haya levantado la cabeza de pronto para pararme a escuchar, con la sensación de estar oyendo la risa de mi chico o de que bajaba alborotando por las escaleras. En fin, supongo que ahora hasta puedo estar agradecido; ahora que ha estallado la guerra, quiero decir. Habría estado en edad, tendría que haberlo enviado al frente, verlo marchar a Francia o al este o a cualquier otro sitio... Y yo aquí esperando, ansioso por recibir noticias tuyas cuando podrían darme por desaparecido, quizá, o por muerto, y nunca sabría la verdad. Todo ese asunto de los telegramas... no creo que pudiera soportarlo. No creo que su madre lo hubiera podido soportar, de seguir viva. Dios obra de forma misteriosa, ¿no es así, Barney? ¿Quién iba a pensar durante todos estos años que jamás podría llegar a alegrarme de que mi chico hubiera muerto?

Barnes guardaba silencio, no por falta de compasión, sino porque era un hombre al que no le resultaba fácil expresar sus sentimientos con palabras. Tenía casi cuarenta años, no era muy alto ni muy apuesto, pero irradiaba el encanto de la más absoluta integridad; era sensible, discreto, bastante tímido y sincero hasta límites casi dolorosos. Él también se alegraba de haber entrado en el Ejército.

—Lo de esa chica, Evans —dijo al fin—, la que murió mientras estaba bajo los efectos de la anestesia la semana pasada... Hoy he recibido un anónimo. Creo que no es mala idea dejar la consulta durante un tiempo. Entretanto seré el intrépido teniente Barnes, al servicio del rey y de la patria, y para cuando termine la guerra todo se habrá olvidado.

—Pero, querido muchacho, la muerte de esa joven no fue en absoluto culpa tuya.

—Bueno, eso lo sabemos ahora —contestó Barnes encogiéndose de hombros—, pero en ese momento no podía asegurarlo. Se me metió en la cabeza que había visto cruzarse los tubos durante la operación, el del oxígeno y el del óxido nítrico, ya sabe. Puede que fuera solo mi imaginación, pero estaba preocupado por lo que podía haber salido mal y no dejaba de ver esa imagen de los dos tubos cruzados. Volví al quirófano y pedí que lo comprobaran. Para entonces ya lo habían retirado todo, claro, y nadie había advertido ningún fallo..., pero entre el personal casi todos son de por aquí y supongo que mis preguntas les hicieron sospechar y empezó a correr el rumor. La madre vino a verme después de la investigación y me acusó de matar a la chica. Fue..., ¡fue horrible! Por supuesto todos daban por hecho que las conclusiones de la investigación se habían amañado para protegerme. Me dijo que lo difundirían y que acabarían echándome de la ciudad. Y podrían conseguirlo, ¿sabe? Esta clase de difamaciones calan pronto en una comunidad tan pequeña como Heronsford. Para mí ha sido una suerte, en realidad, que la guerra haya estallado cuando lo ha hecho, si es que esto tenía que pasar. Mi padre puede hacerse cargo de la consulta mientras yo estoy en el Ejército y, cuando acabe el conflicto, este incidente habrá perdido interés.

—Los pacientes son seres extraños —comentó Moon mientras seguía caminando a su lado, pensativo—. Después de todo lo que habéis hecho tu padre y tú por esta ciudad, Barnes...

—Me pregunto si Atkins será muy diferente —repuso Barney en tono pesimista.

Había dos cartas más, ambas con letra de mujer: una muy pulcra y correcta, de hermosa caligrafía redondeada, papel azul grisáceo, el sello pegado con esmero en una esquina; la otra en un sobre blanco común y corriente, dirigida a la enfermera jefe del pabellón de enfermeras, con una letra que se desparramaba por todo el papel, convulsa e insegura. La voluntaria Frederica

Linley y la enfermera Bates, del Servicio de Enfermería Militar Imperial de la Reina Alexandra, informaban de su llegada al hospital militar de Herons Park...

El padre de Frederica, que durante treinta años había sido una leyenda en algún territorio fronterizo del Imperio, se había establecido después en Dinard, cuyos habitantes, por alguna razón que jamás pudo llegar a entender, no solo no conocían sus méritos, sino que ni siquiera habían oído hablar de las colonias. La guerra puso fin a aquella bochornosa situación y, en medio de las penalidades del viaje de regreso a Inglaterra, conoció a una viuda adinerada que trataba con el debido respeto a los pioneros del Oriente y se prometió con ella. Frederica recibió la noticia con su calma habitual. «Creo que es realmente espantosa, papá», le dijo, «pero eres tú el que tendrá que dormir con ella, no yo», y abandonó el nuevo hogar tras acudir a una serie de cursillos y escribir a Herons Park para confirmar que se incorporaría al servicio en tal y tal fecha, como se le había indicado. Puesto que, como era de esperar, aquella vulgar mujerzuela de cincuenta años no se sentía nada atraída por la idea de tener que competir con una hermosa y recatada criatura de veintidós, la exviuda no lamentó verla marchar.

La reacción de la enfermera Bates ante su tránsito de la enfermería civil a la militar fue simple y sincera. Pensó: «¡Puede que conozca a algún oficial apuesto!». Y para que nadie se vea tentado a menospreciar tan enérgica devoción por el sexo contrario, habría de señalarse que esta inocente aspiración la compartían, en mayor o menor grado, veinte futuras integrantes del pabellón de enfermeras y al menos cincuenta del Destacamento de Ayuda Voluntaria.

Siete cartas. El viejo señor Moon y el joven doctor Barnes, Gervase Eden, cirujano de Harley Street, la enfermera Marion Bates y Jane Woods, Esther Sanson y Frederica Linley, voluntarias. Higgins, impaciente, volvió a juntar los sobres, los ató con un trozo de cuerda mugrienta y se los guardó en el bolsillo antes de seguir arrastrando la bicicleta colina arriba. En aquel

momento no podía saber que, justo un año después, una de las siete personas que habían escrito aquellas cartas moriría tras confesarse culpable de asesinato.